



LA LOBA GRIS

Se lo dijo una única vez mi abuelo Benito a mi padre, cuando juntos iban dando puntapiés a las piedras aristadas de la Roderá Bielga, en una tarde de enero que presagiaba nieve, porque Peña Ubiña estaba como borrada por una manta algodonosa de nubes.

-Mira, papá, ahí justo, donde está ese piorno, matamos a la Loba Gris. -Y luego, adoptando una posición acuclillada, raspando con la barbilla la parte superior de la planta, añadió: -Ahí mismo le metimos cuatro tiros en la barriga y veintidós cuchilladas. Pero entoavía la condenada tardó más de dos horas en morir.

Y así me lo contó muchos años después mi padre, en 1940, cuando un día íbamos con el carro de las vacas en una madrugada cualquiera de la siega, guiados por el paso lento de la Garbosa y la Bonita, todavía envueltos en la bruma neblinosa del sueño interrumpido, rebotando las ruedas del carro contra los cantos amortiguados de la Roderá Grande. Me lo dijo mi padre con la voz un poco nerviosa, mientras avivaba con la aguijada el paso cansino de la pareja de vacas, apenas lanzando una mirada medrosa sobre el piorno solitario de al lado de la Roderá Bielga, el mismo piorno que nadie había osado cortar después que siete podas fueron inútiles para hacerlo desaparecer:

-Mira, papá, allí, donde está aquel piorno, tu abuelo y otros cuantos mataron a la Loba Gris. Necesitaron darle más de cien cuchilladas y noventa tiros pa matarla del todo. Dicen que ni sangre le salía, ni tampoco le oyeron ni un aullido. Siempre se dijo en el pueblo que por las heridas que le hicieron salía espuma blanca y no sangre.- Luego, cuando ya estábamos algo alejados del piorno, mi padre me advirtió:- y ya te digo, papá, que nunca te traiga una desgracia. Por sentarse cerca del piorno, ya ves cómo está Orencio: paralítico de las dos piernas y sin cura.

Aquel día de verano mi padre me dijo que la Loba Gris apareció en un marzo cargado de cierzo, acechante tras los setos de Fornos de Levón, estimulado su deseo de matar por la presencia cercana del rebaño de Fabián, el pastor, que tenía cuarenta y dos ovejas abrevando en la Fuente Prieta. Vio Fabián el salto rápido de la loba y pronto una oveja ensartada por el cuello, ya muerta, huyendo el resto del rebaño hacia el Valle de los Morales. Dijo el pastor sintiendo un enorme nudo en su garganta hastiada de gritar mil veces:

-¡Mi madre! ¡Vaya animal! ¡Pero si tiene el pelo acenizao! ¡Redops!

La Loba Gris no se alteró al ver la presencia del hombre y con un trote ligero, arrastrando sin dificultad el cadáver todavía caliente de la oveja, enfiló hacia los arrotos de Valquimao, perdiéndose pronto tras el robledal pedregoso de Valdelafuente. Fabián, cuando llegó al pueblo y contó lo ocurrido nadie le creyó, al argumentar casi todos que el vino se le había subido a la cabeza como otras muchas veces, igual que aquella vez que dijo haber visto a un elefante por la Rodera Bielga, un elefante blanco de seis patas y dos pares de ojos. Pero desde aquel mismo día en el que vio a la Loba Gris, Fabián, el pastor, jamás volvió a salir con las ovejas, entró en una depresión profunda y se dejó morir en la cama, porque no probó bocado ni bebió agua; igual que también murieron las cuarenta y una ovejas, aquejadas de fiebres pertinaces y úlceras tórpidas en las patas. En el pueblo se dijo que seguro que el vino lo había trastornado, o que ya estaba demasiado viejo para salir con las ovejas a las rastrojeras del páramo, o que el frío del invierno le había enturbiado el cerebro. Pero nadie pudo explicar la muerte de todo el rebaño, ni la expresión de pánico que las ovejas tenían en la mirada cuando la fatiga de la muerte les llegaba.

Me dijo mi madre que mi abuelo siempre supo que algo de verdad traía en su boca el pastor, porque él lo vio llegar del monte con la mirada vuelta hacia las tierras altas de Fornos de Levón, las manos temblorosas, sin saludar a nadie, con el miedo metido en el cuerpo y salpicándole los ojos, frunciéndole los labios y trabándole las arqueadas piernas. Mi abuelo lo advirtió en el concejo del domingo siguiente: "Me parece que Fabián va a tener algo de razón. Si no ya me diréis por qué no quiere comer ni beber nada el hombre". Y los otros le contestaron: "Vamos, Benito, que ya conocemos a Fabián. Siempre ha dicho más mentiras que nadie". El pastor murió a los pocos días con las carnes pegadas a los huesos, los ojos fijos clavados en la ventana que daba al monte, como esperando la visita de alguien al que él tuviera un miedo invencible. Cuando la noche llegó, y ya nadie hablaba de la muerte inesperada del viejo, unos aullidos lejanos inundaron la quietud del pueblo, desvelaron a los hombres, aterrorizaron a las mujeres, despertaron a los niños y arrebuaron en los escaños a los viejos. Los aullidos se oyeron durante treinta días, los mismos que duraron las misas vespertinas por Fabián, y siempre se oían al sonar las doce de la noche en las campanas de las monjas, dejándose de percibir cuando el día volvía por la Chana de Arriba. En el pueblo decían que algún lobo perdido se estaría encelando aunque no era tiempo de ello, que en el pueblo ya llevaban más de seis años sin oír a los lobos aullar de aquella manera.

Terminaron las misas por Fabián y dejó de oírse el llanto del animal en la noche, volviendo el pueblo hacia una paulatina normalidad, sólo preocupadas ya las gentes por la llegada inminente de los centenales. Llegó el verano y el Valle de los Morales se vio lleno de trillas circulares, de parvas, de manojos, de trillos, de animales cansados y de gentes sudorosas. Un 6 de agosto, un día de verano igual a los otros del año 1920, la trilla ocupaba la tarea de las gentes en el valle, confundándose los gritos de los hombres con el ladrar de los perros, el rebuznar

de los asnos y el mugir de las vacas, evaporándose las charcas, muriendo los juncos y desapareciendo las ranas. Los cuatro mellizos de Vicenta y Gaudencio, cumplidos los tres años por abril, jugaban a la sombra caliente del carro de las vacas, cuando ya el sol buscaba guardarse tras las cárcavas de Valtabiernas, las cabezas cubiertas por sombreros de paja y las manos ocupadas por rebanadas de pan mojado con vino y azúcar.

Me dijo mi padre –porque así se lo contó mi abuelo en la única vez que hablaron de ello- que Vicenta y Gaudencio se alejaron de los hijos un trecho, para llevar a la pareja de vacas a beber un poco de agua a la fuente del tío Ambrosio, la única fuente viva que había en el valle. En un instante, apenas unos segundos, la Loba Gris llegó corriendo: era enorme, toda de color gris ceniza, el hocico puntiagudo, el lomo carnoso, los ojos brillantes, el resollar agitado, la cola reptante sobre la hierba quemada por el sol, con una agilidad extraña para sortear los obstáculos de paja trillada. Así dijo haberla visto Geraldo, el hijo mayor de Máximo, el herrero, que guardaba la yegua y la potra de su padre al lado de una poza rellena de espadañas y carrizos, muy cerca del desembocar arcilloso de las cárcavas de Valtabiernas. Así lo contó después, a los días, cuando pudo recuperar el habla y la conciencia, y dijo que la loba estuvo largo rato observando a los mellizos, mordisqueando las rebanadas de pan, lamiéndoles el rostro y como jugando con ellos. Y de pronto, al ver el llanto inesperado de los niños, se mostró tensa y expectante, las patas rígidas y las orejas erectas. Dijo Geraldo que él no pudo ni moverse de donde estaba, porque notaba un peso enorme en las piernas, como si fueran de piedra, y sin poder evitar que se le nublara la vista y las náuseas se le amontonaran en la garganta. Así estuvo dos días, con los ojos cerrados y la conciencia perdida, mientras decía a media voz frases ininteligibles, mostrándose de vez en cuando convulsivo en la cama, como si su sueño se viera alterado por alguien que lo zarandeara.

Le dijo mi abuelo a mi padre que aquella misma noche se formó una patrulla de hombres en el pueblo, unos con escopetas y otros con horcas, y todos con la rabia metida en el cuerpo y la venganza anudándoseles en el corazón, ofuscadas sus memorias por el recuerdo de Fabián, el pastor, asociando la muerte del viejo con la desaparición de los cuatro mellizos. Pero nadie pudo encontrar la más mínima huella de la Loba Gris, ni tampoco algún rastro de los cuatro hijos varones de Vicenta y Gaudencio. “Quién sabe dónde los habrá metido la condenada. Eso si no los ha comido”, era la frase que salía de las bocas de los perseguidores del animal. Cuando Geraldo pudo articular palabra, todos lo escucharon con los puños crispados, bañada la impotencia de las gentes por el llanto de Vicenta y Gaudencio, relatando el chico, que él no vio que la loba les hiciera daño a los mellizos, que sólo contempló, mientras pudo, que el animal los miraba y jugaba con ellos, como si los conociera de toda la vida.

Me dijo mi padre -así se lo contó mi abuelo Benito, que en la única vez que lo hicieron porque así fue su deseo de por vida- que todos los días una patrulla de hombres salió por el monte en busca de la Loba Gris, rastreando los piornales, los rastros, los robledales, los setos zarzosos y los viñedos. Nadie pudo ver el menor rastro del animal que se decía color ceniza, ni acaso alguna huella, ni tampoco los perros pudieron advertir en el aire la menor brizna de brisa que barruntase el olor a cuero húmedo de la loba. "Pobres rapaces", decían al volver en la noche los hombres, con los rostros marcados por el cansancio y la desesperación de haber vuelto vacíos. Al mes de que Geraldo dijera haber visto a la Loba Gris, se suspendieron los rastreos, los hombres ya no salieron por el monte, ya todos sabían que era inútil seguir buscando a los mellizos de Vicenta y Gaudencio. La madre gritaba todas las noches llamando a sus hijos, las manos sobre los cristales de la habitación, los ojos perdidos hacia el Valle de los Morales, de pie tras la ventana, quebrada la postura. Gaudencio no tenía fuerzas para volver a trabajar en el campo, se pasaba larga horas sentado en el escaño de la cocina, con la mirada clavada en la apagada cocina, sujetando la cabeza entre sus manos callosas, brotándole las lágrimas a pesar de intentar disimularlo, demasiado desesperado desde el aciago día.

Le dijo mi abuelo a mi padre que el invierno de 1920 llegó sin que las gentes del pueblo lo esperaran, porque en la madrugada del Día de Todos los Santos nevó como nunca lo había hecho en el pueblo, apareciendo helado el río Órbigo, muertos los conejos en las conejeras, los pardales en los chopos, los tordos en los robles, las liebres en el monte y ateridos los animales en las cuadras. Me dijo mi padre -en la única vez que me habló de ello en una madrugada de la siega- que en el pueblo, cuando clareó la mañana gris, blanco el páramo, y las gentes iban hacia el cementerio, todos vieron unas huellas en la nieve fresca, unas huellas de animal grande, como pisadas de perro mastín gigante, que se detenían a la misma puerta de Vicenta y Gaudencio. Se formó una patrulla y los hombres del pueblo enfilaron hacia el monte siguiendo el rosario de huellas, llegaron a las cárcavas de Valtabiernas y buscaron en todas las cuevas medio tapadas por la nieve.

Entonces la vieron. Dentro, brillando sus ojos en la oscuridad fría de la cueva, la Loba Gris acechaba callada a los hombres, presentía su próxima muerte, quería tapar torpemente a sus cuatro lobeznos. Impresionaba su presencia y altivez; se diría que era un animal distinto, casi humano. Los hombres la obligaron a salir y la loba, enseñando sus afilados y blancos dientes, pretendió atacar a los que querían matarla. Con una de sus patas delanteras, en un escorzo inesperado, alcanzó a Valerio, el alguacil, dejándole la mejilla derecha, por afeitar de seis días como la izquierda, marcada por tres surcos sangrantes, unas heridas que no le cicatrizaron en los veinticinco años que sobrevivió a la loba. "Todos a una", gritó mi abuelo Benito, apuntando con su escopeta de caza al pecho de la Loba Gris. Sonaron cuatro disparos en la soledad blanca del páramo y la loba, después de dar varios tumbos, se desplomó quebrando sus patas, y hundió su hocico en la nieve, los ojos vueltos

hacia la cueva donde rezongaban los cuatro lobeznos. Después, como poseídos por una locura mordaz, los hombres se lanzaron sobre la loba y le clavaron los cuchillos y las horcas en su cadáver, como temiendo que el animal resucitase de su muerte total. Luego, los hombres y mi abuelo, sacaron a los cuatro lobeznos y los estrangularon con las manos sudorosas y manchadas de la sangre de la loba, viendo todos, en una visión que nunca olvidarían mientras vivieron, que los ojos de los lobeznos, los ocho ojos de los diminutos animales, eran casi igual, negros y expresivos, acaso los mismos ojos que los de los mellizos de Vicenta y Gaudencio. "Dios, tienen los ojos como los rapacines de Dencio", gritaron algunos dando un paso atrás. También oyeron -quedándoles un zumbido extraño en los oídos, un ruido perenne del que ninguno pudo desprenderse mientras vivió- que los lobeznos no aullaban: emitían unos sonidos que se parecían a los aullidos de un gato perseguido; unos quejigos que recordaban el llanto de los niños recién nacidos que prueban el primer aire. Los hombres tampoco olvidarían que, en una esquina de la cueva, junto a unas pajas rastrojeras, estaban las ropas de los mellizos, intactas, sin desgarros, como si la propia loba hubiera desvestido mimosamente a los niños. También vieron que bajo la ropa, duras ya por el paso del tiempo, había cuatro rebanadas de pan morado, apenas algo mordidas, como esperando ser comidas.

Le dijo mi abuelo a mi padre que cuando regresaron al pueblo ninguno de los hombres pudo en unos días contar lo ocurrido, porque las gargantas se negaban a pronunciar sonidos y los oídos se les enfebrecían todavía con el llanto humano de los lobeznos. Cuando al día siguiente los hombres subieron al monte -habían dejado a la loba y los cuatro lobeznos sobre la nieve, junto a un piorno solitario- no encontraron los cadáveres. Allí, en el suelo, solo quedaba una huella de sangre, una mancha roja sobre la nieve helada, no había otro rastro de animal que permitiera iniciar otra búsqueda. El piorno, a pesar de que todos los años lo cortaron, siempre volvía a brotar, y aún hoy sigue creciendo después de tantos años, cuando mi pueblo apenas se parece al de entonces. Las gentes, todavía hoy, siguen evitando pasar cerca del piorno donde murió la Loba Gris, procuran no hablar del incidente y se santiguan cuando el Día de Todos Los Santos les trae la primera nieve y les hace ir al cementerio.

Mi padre me dijo, la última vez que lo hicimos antes de irme yo del pueblo, que en las noches de diciembre, cuando la niebla se metía en el pueblo y las doce de la noche sonaban en las campanas de las monjas, se podía oír el aullido largo y hondo de la Loba Gris, y que mientras el llanto del animal persistía ningún hombre del pueblo osaba acostarse, las mujeres dejaban de tejer, los niños se alborotaban en las cunas y los viejos rezaban en silencio. Que él había oído durante treinta días seguidos el aullido de la loba, como también decía poder oír el llanto de los lobeznos. Lo que no me dijo mi padre -yo lo supe muchos años después cuando encontré una nota breve en el periódico- era que Vicenta y Gaudencio subían todas las noches a las cárcavas de Valtabiernas, echaban un poco de estiércol en la base

del piorno, comprobaban que las rebanadas de pan seguían allí, adecentaban el interior de la cueva y arreglaban la ropa fría de los mellizos. Así lo hicieron durante siete años, justo todos los que los dejaron, porque en un día de verano, cuando regresaban al alba de las cárcavas, unos hombres se los llevaron a León, atrapados dentro de unas ropas extrañas: unas ropas de mil usos que les atenazaban los brazos y les aturullaban las piernas.

ANTONIO MARTÍNEZ LLAMAS